

se llega a la belleza por aproximación: "En vano, en vano / rueda la angustia —macilento / hueco—; / en vano marcan horas fantasmas los relojes. / Inútilmente / las brújulas apuntan al ocaso".

C V.

VÍCTOR MANUEL VILLEGAS, *Hierros coloniales de Zacatecas*. Instituto de Investigaciones Estéticas. Universidad Nacional Autónoma de México. México, 1955. 162 pp.

Zacatecas es una de las ciudades que conservan los más bellos ejemplos de hierros forjados, que este libro ilustra con dibujos y fotografías, y los compara con ejemplares españoles correspondientes en estilo. En España el arte del hierro era ya conocido en

tiempo de los celtas. Si el cristianismo proporcionó temas numerosos, los árabes intro-

dujeron el acero y las formas musulmanas de cerrajería, y los judíos de Cataluña difun-

JOSE RAFAEL CAMPOY

(Viene de la pág. 14)

mejante, que produjo el siglo XVIII en América.

Dos de los grandes Jesuitas, Abad y Alegre, ensalzan, a través de la pluma de Maneiro, las grandes virtudes y talento extraordinario de Campoy.

Epílogo.

Hemos dicho muchas cosas acerca de las dotes de alma de Campoy y de la índole demasiado severa consigo mismo; añadiremos este solo testimonio: habiendo inflamado los ánimos de muchos Jesuitas

mexicanos para buscar una más saludable literatura; y habiendo difundido la afición por una cultura universal, sin embargo, por un obstinado silencio de todo lo suyo, vivió los diez últimos años de su vida, enfermó y murió en la más completa pobreza en la cual, empero, se conservó siempre congruente consigo mismo y como un héroe de fortaleza inquebrantable. Verdaderamente, cuando México dé a luz su historia de la restauración del buen gusto en las letras (empresa que ojalá acometiera alguno), Campoy será digno de ocupar un lugar entre los nombres más ilustres.

C. V.

REFLEJO DE MEXICO EN LA OBRA DE JOSE MORENO VILLA

(Viene de la pág. 4)

tampoco de sus dos obras sobre escultura colonial y artes plásticas mexicanas; para nuestra intención en esta breve nota es *Cornucopia de México* lo interesante. Dicho libro, escrito en un período de tiempo que cubre los dos años primeros de su estancia en México, ofrece, junto con las primeras reacciones, las ulteriores, cuando (como dice) "México va creciendo dentro de mí", cuando el autor está ya "en el período del amor a México, lo que quiere decir que ha pasado la fase de la sorpresa". Abarca ahí muchos y muy diversos aspectos mexicanos, aunque así diluya un tanto el efecto: "abarcando mucho a cambio de perder en intensidad".

El título mismo del libro, según el autor, es símbolo de la vida mexicana y por eso lo ha escogido; ya que la vida aquí le parece esencialmente "rococó": muebles, fachadas, trajes populares femeninos, charros a caballo en los paseos públicos, objetos diversos, como bandejas, pulseras, anillos, todo lo ve marcado con el sello del siglo XVIII. "México es cornucopia por todas partes: la cornucopia es resumen del rococó y producto de contrastes, de cla-

rosuro, de contradicciones". Afirma ante todo haber entrado en México "libre de prejuicios".

Respecto a la impresión tan honda y entrañable que el español puede sentir al oír su lengua hablada por otros pueblos al otro lado del mundo, dice: "Voy creyendo que los mexicanos tienen todavía, al cabo de los siglos y de los cruces, una dificultad nativa para hablar el castellano". (Es de Moreno Villa de quien hablo, no de mí; pero no puedo citar esas palabras tuyas sin indicar al margen lo opuesto de mi opinión: el castellano hablado por el pueblo mexicano me parece en ocasiones más castizo, más elegante que el del pueblo español). Ve ahí la posibilidad de que el análisis psicoanalítico hallara, en el lenguaje del pueblo, "lo que había en el fondo del alma mexicana de peculiar y obstaculizador para pronunciar el idioma adoptado hace cuatro siglos". ("Idioma aprendido", le oí decir a Moreno Villa, aludiendo al castellano hablado en general por los americanos).

El mexicano le parece "mucho más recatado y comedido" que el español; insistiendo, en su libro *La Escultura Colonial*: "El mexicano es, en su trato

y lenguaje, mucho más sereno, templado y comedido que el hombre celtibero medio. Habla bajo; modifica las frases españolas, limándoles toda forma autoritaria o impositiva; da muestras, en suma, de cierta preferencia por el aplomo, la corrección, la cortesía, hasta el punto de que un español de esos que se llaman castizos, colocado de repente en un círculo mexicano, parece un ente melodramático".

La cortesía, la galantería y la religiosidad son "tres notas muy fuertes en el carácter mexicano". "No existe el vocabulario soez que en España". En tres gestos del mexicano (para indicar dinero, señalar medida de tiempo y dar gracias) ve otros tantos rasgos de algo común en el pueblo: expresividad estática; hieratismo de raza.

Sus amistades estaban entre el medio intelectual y las clases acomodadas de la capital (véase el capítulo "En México", de su autobiografía *Vida en Claro*), pero le fascina, como a tantos extranjeros, el pueblo, el indio. El indio es "el hombre acurrucado", cuyos ojos "tienen una gran fogosidad apretada". La fortuna del indio "está unida a la quietud, a la pasividad, al en-

dieron nuevas técnicas: cincelado en el cortafrió, calado y repujado. Durante el período gótico-español se construyeron hermosas rejas para las catedrales; pero la época más brillante de la cerrajería coincide con el descubrimiento de América. A principios del siglo XVI se creó el estilo plateresco, que se importó a la Nueva España, donde se aplicó el hierro artístico casi en forma exclusiva a la arquitectura, y no llegó a superar a los modelos españoles. Nuestros hierros, en su mayoría, corresponden al tipo extremeño, el más sencillo y popular de todos, y no tienen ningún influjo indígena, ya que a los nativos no les estaba permitido adiestrarse en este oficio.

simismamiento"; y surge así "la imagen de Asia". Pero no cree que México equivalga a todo lo que dicha actitud lleva consigo, porque sólo "hay que tener presente tal postura como índice étnico". En el fondo (ahí aparece el escritor influido por el 98 y por el respeto a la actividad industrial anglo-sajona) no le gusta lo que denota; porque para Moreno Villa el trabajo es "alegría", olvidando que el trabajo creador del poeta, aunque no sea remunerado, sí puede significar alegría, pero el trabajo monótono y fatigoso del pobre, siempre mal remunerado, no puede significarla.

El indio le parece triste, y frente a esa tristeza, como español que recuerda cosas pasadas, siente remordimiento, preocupación de culpabilidad: "Esa tristeza secular, cuya curación se me antoja imposible, ¿se debe a mí? No puedo creerlo... Hay razas tristes y razas fáusticas. Y aunque éstas hayan estado durante siglos sometidas por una raza dura y opuesta a sus naturales tendencias, no pierden su elasticidad, su ímpetu ni su alegría".

Le sorprende el silencio en los mercados: "El silencio del indio, sus modales suaves y finos". En